

Interpretación y caridad*

Carolina Scotto

*Este trabajo no contendrá referencias eruditas. Sin embargo es necesario explicitar que presenta una versión sintética de ideas defendidas o sugeridas por filósofos como Wittgenstein, Dennet, Davidson y Putnam

Carolina Scotto es Profesora en la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba

ESTUDIOS • Nº 5
Julio 1995
Centro de Estudios Avanzados de la
Universidad Nacional de Córdoba

Este ensayo es filosófico en el siguiente sentido: hablará acerca del concepto de interpretación considerado en sus aspectos más generales, abstractos y teóricos. Mi propósito es decir algo que pueda servir como línea de orientación posible respecto a nuestras posiciones frente a diversos problemas discutidos por los científicos sociales y, especialmente, clarificar nuestras actitudes respecto a las perspectivas generales que tenemos acerca de la posibilidad de interpretar otras culturas.

Sin embargo, las ideas que discutiré me fueron sugeridas por las perplejidades que exhibe nuestro caso paradigmático de interpretación (o mala interpretación) trans-cultural. Me estoy refiriendo al encuentro entre indios y españoles originado por el descubrimiento de América. No hablaré acerca del proceso radical de sus esfuerzos recíprocos por entenderse. Sólo estoy pensando, en cambio, en las cuestiones que se nos plantean como intérpretes de ellos, asumiendo que conocemos dos puntos de vista, o, considerando la fuerza y globalidad que fueron adquiriendo, dos ideologías. Una, la "apologética", que reivindica las actitudes y acciones de los españoles. La otra, "romántica", que asume la defensa de las culturas aborígenes y sus derechos al desarrollo como un argumento para condenar las acciones de los españoles en Latinoamérica. La primera, etnocéntrica, la segunda, militante. ¿Cuál es la perspectiva correcta para entender ese magnífico y trágico proceso? Si ellos se enfrentaron a tales nuevos y dificultosos problemas, ¿debemos nosotros hoy continuar asumiendo su visión solipsista y cerrada acerca de los otros? ¿Eran "dioses"? ¿Eran seres "diabólicos"? O bien

eran, con sus límites y posibilidades de (mal) entendimiento mutuo, simplemente, seres humanos. Retomaré estas preguntas más abajo.

Mi propósito es, entonces, plantear filosóficamente una cuestión que se extiende a las ciencias sociales y la filosofía de la cultura. La cuestión puede plantearse en vena kantiana: ¿Cómo es posible el conocimiento de las actitudes y acciones de otra persona o cultura? La tesis que defenderé es que sólo bajo la suposición que sus actitudes o acciones son sustancialmente como las propias. Ellas son las condiciones de posibilidad de la interpretación y sólo excluyen que el pensamiento y el habla del otro sean *radicalmente* diferentes de los nuestros.

Entonces, la idea de un “otro-radical” es una idea defectuosa. Si queremos entender otras formas de vida debemos adoptar una actitud caritativa. El espíritu del “principio de caridad” es que la estupidez o error del otro es menos probable que la estupidez o error del intérprete. Un típico modo en el cual el intérprete comete esta clase de error deriva del hecho que proyecta sus propios *standards* o cualquier *standard* particular que él aprecia mucho para explicar alguna práctica exótica. (Como se advertirá, los requerimientos de la caridad se aplican también al caso familiar de interpretación de otra persona de nuestra propia comunidad cultural. La caridad comienza por casa).

La caridad recomienda: 1) maximizar el acuerdo entre hablante e intérprete; 2) excluir el desacuerdo inexplicable o completo (si otros tienen diferentes creencias, el intérprete debe explicar por qué tienen esas creencias). A causa de que el acuerdo es primariamente entre las creencias acerca de nuestro mundo común (creencias básicas), la caridad es el principio normativo en los estadios iniciales de la interpretación.

La explicación relativista, con su énfasis en los contrastes conceptuales es más atractiva y más “exótica” que la explicación interpretativa que describe las diferencias contra un trasfondo común. El acuerdo está basado en creencias básicas (creencias acerca de los rasgos más generales del mundo común) y secundariamente se aplica a otros estados mentales. La caridad habla en contra de la idea de que pueda haber una gran diferencia entre la perspectiva de quien está dentro de la cultura interpretada y de quien está fuera de ella. Por lo tanto, no asume que el creyente conoce mejor que el intérprete su propia creencia. Ni presupone que la perspectiva del agente para conocer por qué actúa como lo hace sea una perspectiva opaca, asumiendo alguna distinción entre razones conscientes y razones inconscientes. La idea es que los otros son escrutables.

La escrutabilidad está basada en los aspectos públicos y comunes de la vida humana en los cuales podemos descubrir un acuerdo general entre nosotros y los otros. Depende de tres rasgos asociados: el concepto de agente, el concepto de práctica y

el concepto de comunidad. La idea de un agente enfatiza que los seres humanos no son dos cosas gobernadas por una de ellas: un alma y un cuerpo. El concepto de sujeto es el concepto de ser humano considerado como un complejo de dos sustancias, donde una de ellas, la mente cerrada e inmaterial, controla al cuerpo abierto y material. Si cambiamos el concepto de sujeto por el concepto de agente, podemos vernos a nosotros mismos como totalidades públicas, expuestas al contacto con otros y con el entorno. Las creencias, deseos, intenciones y sentimientos pueden entenderse observando los fenómenos públicos que constituyen la acción humana. La interpretación no sería, entonces, el encuentro hipotético entre dos mentes, sino la fricción pública entre dos maneras de actuar. La idea de práctica enfatiza los rasgos públicos, repetibles y sociales de la acción humana. Entender una práctica requiere el descubrimiento del tejido de prácticas en el cual tiene su significado y por lo tanto, las reglas a que obedece. Las prácticas, las instituciones, las costumbres, involucran el concepto de grupos sociales o comunidades. Tenemos, por lo tanto una "pintura" no subjetivista, no intelectualista y no individualista de los seres humanos, y este punto de vista cambia globalmente el concepto de interpretación.

Sin embargo, algunos problemas acerca de sujetos e individuos se transfieren a agentes y comunidades. Uno de ellos fue el problema de las "otras mentes", o, negativamente planteado, el problema de cómo resolver las dificultades inherentes al solipsismo metodológico. El problema se resume así: qué decir acerca de culturas diferentes, o si podemos decir algo acerca de prácticas, costumbres o instituciones exóticas o extrañas. La idea es que si no podemos decir que otros tienen algunos rasgos comunes con nuestras formas de vida, no podemos decir que son otros.

Partiendo del punto de vista del sujeto, la así llamada "perspectiva de la primera persona", no podemos saber si hay otras mentes, en el sentido en que no podemos conocer si su comportamiento y actos de habla son expresivos de o conectados con sus creencias, deseos y demás estados mentales. No sabemos, desde una perspectiva solipsista metodológica, si ellos tienen un "alma", si son humanos. Acepto que este modo de plantear la cuestión es extremadamente filosófico, en el sentido en que es completamente abstracto y general. Pero éste es sólo el modo más general de decir que si pensamos que hay "otros radicales", y, por esta razón, que no podemos entenderlos, no tenemos ningún modo de decir y justificar que son otros. Entonces debemos aceptar que los otros son "un algo que tienen la apariencia humana pero que no participan de una *forma humana de vida*". Si queremos tener, en cambio, algún modo de justificar nuestras atribuciones de humanidad, si decidimos adoptar hacia ellos "la actitud hacia un alma", tendríamos que explicitar las razones.

La estrategia clásica, solipsista, afirma que somos transparentes a nosotros mis-

mos por introspección. Este modelo de conocimiento implica que podemos conocer nuestra propia mente con certeza y sólo podemos conocer con probabilidad la mente de los otros. Entonces, podríamos estar equivocados acerca de ellos la mayor parte del tiempo. Combinado con una visión intelectualista de la mente y la acción, tenemos la estrategia más impotente para entender a otros.

La “pintura” interpretativa que estoy describiendo asume, en cambio, “la perspectiva de la tercera persona”, es decir, la perspectiva interpersonal desde el comienzo. Como hemos dicho, la visión racionalista de los sujetos consideraba a la mente como dividida en dos poderes conflictivos: el poder de la razón y el poder de las pasiones, el lado claro y el lado oscuro del alma. Una aproximación contemporánea, neo-racionalista, de la mente, ha heredado algunos aspectos del modelo clásico pero neutralizando los poderes optimistas de la razón y extendiendo los lazos racionales entre la mente y la acción. Entonces la interpretación se propone, primero, atribuir las creencias y deseos que sería racional que los agentes tuvieran, y en segundo lugar, atribuir a otros las creencias y deseos que harían razonables las acciones que realizan. La idea es que sus razones podrían no ser buenas razones para que nosotros actuemos. Por lo tanto si nosotros no actuamos como ellos lo hacen, ellos tienen creencias diferentes a las nuestras. Como se dijo, este punto de vista neo-racionalista no ve a la mente como un escenario conflictivo entre fuerzas contradictorias. Tal situación es posible pero no puede constituir la norma. El conflicto debe ser localizado. (La misma línea de razonamiento se aplica al acuerdo y desacuerdo de creencias). En segundo lugar, este modelo no asume la completa transparencia de nuestra propia mente. La interpretación, en cambio, aparece como el contexto irreductible y básico en el cual puede ser posible hablar acerca de mentes, lenguajes y seres humanos.

Una estrategia complementaria al solipsismo fue el atomismo. El significado de alguna práctica puede revelarse sin una visión general de la forma de vida a la cual pertenece. La comprensión global es el resultado de explicaciones parciales y atómicas. La estrategia holística, en cambio, dice que la interpretación correcta emerge cuando obtenemos una visión sistemática y coherente como un resultado de las conexiones entre diferentes prácticas y con el sistema de creencias que expresan o racionalizan. Las explicaciones causales o históricas tienden a dividir los fenómenos para establecer una hipótesis de sus causas o evolución. La interpretación, en cambio, busca reconstruir la totalidad de un modo más sincrónico. Esta es la razón por la cual la caridad es menos violenta que las explicaciones legaliformes.

Aceptando la misma actitud holística e interpretativa acerca de los seres humanos, parece necesario explicitar otros elementos que contribuyan a ofrecer una caracterización positiva del trasfondo común por el cual todos somos semejantes. Si

queremos entender culturas exóticas (el caso de la “interpretación radical”) la presuposición es que emisiones, creencias, deseos y razonamientos emergen de un substrato común no-racional. Lo que constituye y fundamenta la comprensibilidad interpersonal e intercultural es el modo de actuar común de los seres humanos. La racionalidad es un rasgo que presupone un fundamento no-racional. El sentido de una práctica puede localizarse en un rango más general de rasgos de la vida humana. Ellos son el comportamiento expresivo, asociado con instintos, necesidades básicas, sensaciones, emociones, humores, en todo lo cual somos similares.

Dos grupos de razones han producido nuestra conciencia contemporánea de las diferencias entre culturas. El primero, según creo, fue el fracaso de un tipo de estrategia unitaria, universalista, de describir la historia humana. Esta prominente línea de pensamiento describió la historia como un progreso lineal desde la oscuridad y la ignorancia hacia la claridad y el conocimiento, guiada por la razón como opuesta a las pasiones, los sentimientos, los intereses y toda clase de fuerzas no siempre bajo el control de la razón. La pintura racionalista de la evolución humana ha mostrado ser extremadamente parcial y defectuosa. Considerada desde otro punto de vista fue, paradójicamente, el síntoma —si no la causa— de nuestra historia real, signada por conflictos, injusticia, violencia, destrucción, irracionalidad.

El segundo, es el resultado del hecho que el incremento del conocimiento ha puesto en evidencia una realidad humana compleja. Actualmente podemos ver el gran desarrollo de las ciencias sociales como un gran fenómeno cultural de nuestra civilización occidental contemporánea. Este caudal de conocimiento ha revelado más diferencias que las que los racionalistas fueron capaces de reconocer bajo sus utopías. Este proceso contribuyó también a enfatizar que hay muchas diferencias detrás de nuestros modos simplificados de entender la historia y a nosotros mismos como seres humanos. Tenemos ahora una gran sensibilidad hacia las diferencias. Querríamos decir que las formas humanas de vida revelan muchas diferentes diferencias, como Wittgenstein dijo acerca de los “juegos del lenguaje”.

Bajo una manera diferente de plantear el mismo hecho cultural, podemos decir que tenemos dos tradiciones científicas, una modelada por los paradigmas de verdad, conocimiento y justificación de las ciencias naturales, la otra modelada por la variedad de medios para describir, explicar y entender la realidad humana que exhiben las ciencias sociales. Un mundo de hecho y un mundo de valores. Pero no necesitamos suscribir pinturas científicistas, a causa de que es una buena elección evitar sus efectos morales y prácticos en general: “la estrechez de la vida espiritual” (como efecto del universalismo) y “la resignación intelectual” (como efecto del relativismo).

Pienso que estas ideas pueden aplicarse a nuestra comprensión del conflicto cul-

tural ocurrido entre indígenas y españoles quinientos años atrás. Podemos asumir una imagen más equilibrada de aquel fenómeno que evite la rigidez tanto de la apología como de la actitud denostativa/romántica, porque ambas revelan alguna clase de impotencia para entender a nuestros propios ancestros culturales. Demostrar la posibilidad de una interpretación caritativa de ese proceso inter-cultural requeriría un trabajo mayor. De hecho en éste sólo hemos explicitado en un nivel de máxima generalidad y abstracción algunas trivialidades que en la práctica interpretativa ordinaria o científica nadie discutiría, pero que sí suelen rechazarse cuando se intentan explicitar las justificaciones epistemológicas o filosóficas en general de tales prácticas.